

nuestras ofrendas para ponerlas delante del trono del Eterno. ¡ Ah, si estas oraciones se formasen por el espíritu de recogimiento, y si estos votos siempre fuesen dignos del Dios á quien se dirigen, del Sacrificio á que nos unimos, de las gracias que esperamos, y de los Espíritus bienaventurados que toman á su cargo el presentarlos! Pero me temo, hermanos míos, que se contristen estas Inteligencias celestiales al ver nuestras distracciones continuas y nuestra frialdad habitual: me temo que desechen nuestras súplicas como indignas de un Dios tan santo y grande. Por tanto, penetrados de esta verdad, y ántes de presentarnos á los pies del Altar, preparemos nuestro corazón, purifiquémosle con la contrición de todo afecto pecaminoso: pidamos al Espíritu de Dios, que forme en nosotros esos gemidos que pueden elevar nuestras almas hasta el Altar sublime del cielo: y en fin, pidámosle la virtud y el recogimiento que son indispensables para tributar al Dios tres veces Santo las adoraciones y los homenajes que empiezan en el tiempo, y se perpetúan en la eternidad. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

*EL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS.*JOB, CAP. 19.  
vers. 21.

*Apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.*

Así se explicaba con sus amigos el mas paciente de los hombres, quando ellos se mostraban insensibles á sus trabajos. La Iglesia se sirve tambien de estas palabras en varias ocasiones para despertar nuestra sensibilidad con nuestros hermanos, que despues de habernos edificado en la tierra con una vida regular y cristiana, padecen en el purgatorio la sentencia de una justicia mi-

sericordiosa. Dios, cuya santidad es incompatible con la menor mancha del pecado, se ve precisado á pesar de su amor paternal á alejar de su presencia, y purificar con las llamas vengadoras á las almas de los justos, cuya penitencia no ha sido proporcionada á sus culpas; pero él es un Padre que nos castiga á su pesar: y para darnos una prueba de su misericordia y de su disposicion á perdonarnos, ha establecido en su Iglesia un medio eficaz de consolar las almas afligidas. Para este fin, y rezelando Jesu-Cristo que la insensibilidad y el olvido no nos hiciesen perder de vista los socorros que podíamos procurarlas, ha querido que en el mismo Sacrificio hiciésemos una mencion especial de sus necesidades en la oracion llamada comunmente Memoria ó Comemoracion de los difuntos. Esta oracion nos prescribe un orden nuevo de obligaciones, y exige disposiciones particulares. Consideremos, pues, atentamente la parte que Jesu-Cristo concede á estas almas en su Sacrificio, y éste será el objeto del presente discurso.

No tengo por necesario probaros

la necesidad de orar por los difuntos. Hablo con personas instruidas que saben todo lo que nos enseña la fe sobre la piedad que debemos á los que han peleado ántes que nosotros; y así no trato de poner á su vista el exemplo que nos da Judas Machábeo, quando manda ofrecer sacrificios por los difuntos que fuéron fieles en la ley de Moysés, ni el testimonio de que se sirven los Padres de la Iglesia, y especialmente San Agustin, para establecer este punto esencialísimo de la Religion. Sé muy bien que os haria en alguna manera una ofensa, si creyese que tenia necesidad de despertar vuestra atencion sobre una obligacion tan esencial; porque en efecto hablo á Cristianos en extremo compasivos para con sus hermanos, y que por la solitud que muestran para aliviar sus desgracias temporales, no me permiten dudar sobre el interes que toman en la desgracia de los que despues de su muerte se ven alejados por un tiempo de la patria celestial. Por otra parte la simple exposicion de la oracion que la Iglesia consagra á este fin, es suficiente por sí misma para inspirarnos

el deseo mas ardiente de cumplir esta obligacion. En efecto, ella nos invita con motivos los mas tiernos y sensibles. Estas almas se nos designan baxo el nombre de siervos y de siervas de Dios, las quales nos precedieron con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz. Sigamos estas diferentes consideraciones, y encontraremos en ellas motivos poderosos para animar nuestra piedad, nuestra conmiseracion y nuestra fe.

Estas almas se nos designan baxo el nombre de siervos y de siervas, y por consecuencia pertenecen á Dios, porque no han sido separadas de la Iglesia que es su familia, como lo son las que mueren en su desgracia, esto es, aquellas que por sus pecados se han hecho dignas de una venganza eterna. Estas almas son el objeto de su amor y de su sensibilidad, y si las castiga es á pesar suyo: ellas están escritas en el libro de la vida, y tienen señalado su lugar en el reyno de los cielos, por manera que el tierno corazon de nuestro Dios está, por decirlo así, como perplexo hasta que llegan á ocuparle; y por tanto quando nos intere-

samos con nuestras oraciones y buenas obras, correspondemos á las miras de su misericordia.

Estas almas han servido al Señor, y por esto nos pertenecen á nosotros mismos. Ellas son nuestros hermanos, la misma vocacion las ha separado de los infieles, y les ha sido impresa la misma señal de adopcion. Ellas han nacido para Jesu-Cristo de la misma esposa, han sido lavadas con la misma sangre, estan alimentadas con el mismo Pan, han sido santificadas por la misma palabra, y han participado de los mismos Sacramentos. Todos estos son motivos poderosos que nos enlazan intimamente con ellas. ¿Qué seria si os describiese otros vínculos mas estrechos y sagrados? Algunas de estas almas han estado unidas con nosotros por la sangre, y por la caridad de una manera mas sensible; y en este número se comprehenden nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras esposas, los hijos, los amigos, los parientes, los vasallos de un mismo Príncipe, los pueblos de un mismo Reyno, los ciudadanos de una misma Ciudad, los vecinos de un mismo

barrio, y los fieles de una misma Parroquia. Tambien se comprehenden nuestros Pastores, nuestros Directores espirituales, los Predicadores, los Maestros, los bienhechores espirituales y temporales, y los que viviendo con nosotros, y siendo mas sabios quizá que nosotros mismos sobre nuestras verdaderas necesidades, rogaban por nosotros, velaban sobre nuestros errores, y nos apartaban por modos muchas veces indirectos de los peligros y de los escollos que podian seducirnos y perdernos.

Oigamos, hermanos mios, el consejo saludable que nos da un Profeta : *Dios ha encargado á cada uno el cuidado de su próximo*. Pero si esta es una regla que comprehende generalmente á todos, ¿ no tenemos nosotros con particularidad este cargo ? ¿ No somos hijos de una misma Iglesia ? ¿ No somos miembros del cuerpo místico de Jesu-Cristo ? En efecto todos tenemos parte en las oraciones y en los bienes de los otros, de manera que no se practica una buena obra, ni se distribuye una gracia en toda la extension de la Iglesia de que no seamos participantes. Es-

ta intencion de nuestra madre comun está demostrada suficientemente con el uso constante que observa de acabar todos sus officios con estas palabras : *que descansen en paz las almas de todos los difuntos fieles* ; pero todavía nos habla de una manera mas sensible en la memoria que hace de estas almas en medio del augusto Sacrificio, diciéndonos : *que nos han precedido con la señal de la fe*, y este es el segundo motivo que debe animar nuestras oraciones.

Estas almas han seguido la misma ruta que nosotros. Ellas han hecho de los bienes de la eternidad el objeto de su firme esperanza : ellas han vivido en la simplicidad de la fe : ellas han sido para nuestros antecesores y aun para nosotros mismos modelos de piedad, de caridad, de humildad y de paciencia : ellas nos han ayudado con sus consejos, sus exemplos y sus oraciones : en una palabra son justos, que han caido por flaqueza ; pero que sin embargo no ha llegado la malicia á corromper su corazon ; y si nos fuese posible comparar su fidelidad con la nuestra, deberiamos temer que este para-

lelo solo sirviese para nuestra confusion: á lo ménos esta consideracion pudiera ser muy útil para procurar su alivio, persuadiéndonos que la caridad que exercitamos con ellas es un homenaje que debemos á la superioridad de sus virtudes y de su mérito. Este es el único bien que reclaman en este mundo. Nosotros hemos heredado sus riquezas, sus empleos, sus dignidades, sus casas, y de nada de esto tienen envidia; pero hay una heredad mas preciosa que ellas han dexado, y sobre la qual han conservado sus derechos. Nosotros participamos de todas las oraciones de la Iglesia, freqüentamos sus exercicios, recibimos sus Sacramentos, y sacamos abundantes gracias de los inmensos tesoros de Jesu-Cristo; pero la fe que como nosotros han recibido estas almas en el bautismo, y que han conservado hasta el último suspiro de su vida, les ha dado un derecho imprescriptible sobre todos estos bienes; y así podriamos mirarnos como verdaderos usurpadores, si por un olvido y abandono criminal no las diese parte en el fruto que podemos sacar de todos estos recursos de salud. Oxalá, mis her-

manos, que esta sola consideracion fuese suficiente para determinar nuestra piedad. Este sentimiento seria noble y generoso, porque estaria libre de todo interes personal. Sin embargo la Iglesia no quiere que perdamos de vista nuestras propias necesidades en las oraciones que nos prescribe por los difuntos, y esta sola palabra: *ellas nos han precedido*, nos advierte que les hemos de seguir un dia. Por tanto es muy útil que baxemos en espíritu á ese lugar de expiacion y de lágrimas; que alimentemos en él nuestra fe con los dolores y las angustias que padece un alma separada del cuerpo, mientras que carece de la vista de su Dios, y que traigamos á la memoria lo que en este estado debemos esperar y exigir de nuestros sucesores. Ah, este es un aguijon muy fuerte para despertar nuestra caridad y reanimar nuestro fervor; pero hay otro mas poderoso todavia. Estas almas duermen en el sueño de la paz, y nosotros tenemos un interes particular en que despierten, tercer motivo que debe excitar nuestra caridad.

Sí, estas almas duermen, y su sueño verdaderamente es un sueño de

paz. Ellas gozan de esta paz preciosa en las agitaciones mismas que les causa el ardiente deseo de su libertad, porque tienen una esperanza cierta; ¿pero cuál será, hermanos míos, el término de este sueño? Dios solo que le ha fixado en los decretos de su sabiduría conoce este profundo secreto; pero sin embargo nos enseña por medio de su Iglesia que su justicia no es inexorable para con estas almas; que ha establecido en esta Iglesia mismos remedios eficaces para calmar sus dolores; que entre todas las buenas obras que se les puede aplicar, no hay una mas eficaz que el Sacrificio de la Misa; que la Sangre de Jesu-Cristo derramada sobre sus sepulcros calma sus dolores, expia sus pecados y apaga las llamas que las devoran. Que nosotros que tenemos la dicha de presentarnos delante del Altar podemos aplicarlas esta Sangre preciosa; y finalmente que quanto mas se exercite nuestra sensibilidad, tanto mas servimos á la misericordia de Dios.

¡Ah, si nos fuese sensible el efecto de este Sacrificio! ¿cuál seria nuestra alegría al ver que todos los días

sacamos de las llamas vengadoras un prodigioso número de almas bienaventuradas! ¿Qué consuelo si se dignase Dios revelarnos que ellas eran deudas de su libertad á nuestra piedad y á nuestra fe en Jesu-Cristo! Decidme, ¿hay en el mundo mayor satisfacción que sacar á un infeliz del seno de la indigencia y de la pobreza? ¿Hay un elogio mas lisongero que las bendiciones de toda una familia sumergida en la miseria mas profunda, y restablecida por nuestra caridad á un estado de tranquilidad y de conveniencia? En efecto los corazones mas duros y ménos generosos convienen á lo ménos en que este es el placer mas delicioso que puede gozar un hombre honrado. Sin embargo ¿podremos compararle con el consuelo de un Cristiano que libra el alma de su hermano de una indigencia mas profunda, y la pone en posesion del bien supremo?

¿Cuál será por tanto, hermanos míos, el reconocimiento de estas almas? Ah, no temamos ni su indiferencia ni su olvido, quando reunidas á su Dios esten colocadas en el centro

de la caridad misma. Ellas serán entonces cerca de este Padre tierno y justo nuestros apoyos y protectores: á proporcion que su dolor ha sido mas punzante y agudo, es mas viva su alegría, y la satisfaccion de su libertad es en ellas tanto mas grata, quanto mas vivos han sido sus deseos. Es verdad que nosotros las hemos dado una mano para salir del abismo; pero ellas tambien nos presentarán una mano victoriosa para sacarnos del poder del inferno y llevarnos consigo. Por esta causa quando considero el precepto que nos impone la Iglesia de orar por los difuntos, reconozco en él nuestro propio interes; de manera que por medio de nuestras oraciones nos grangeamos unos amigos para que nos reciban en los tabernáculos eternos.

Jesu-Cristo, hermanos mios, al establecer su Iglesia sobre la tierra la proveyó de todos los socorros suficientes para sostenerla y defenderla. Con su presencia real en su Sacramento la protege interiormente, y en el exterior con la intercesion continua de estas almas rescatadas, las quales habiendo experimentado su propia fla-

queza, se interesan con todo su poder para sostener la nuestra. Por tanto penetremonos del sentido de esta oracion que ha consagrado la Iglesia para sufragio de las almas del purgatorio, y fixemos la atencion sobre un misterio que se obra en esta circunstancia que tal vez no hemos advertido hasta este dia.

Siendo la Misa una verdadera representacion del Sacrificio de la Cruz, todo Cristiano puede decir que ha subido al Calvario, y que ha asistido á la oblation de la víctima quando ha seguido al Sacerdote en la consagracion del Pan y del Vino; que uniéndose á la Iglesia que ruega por los difuntos, se une tambien á Jesu-Cristo descendiendo á los infiernos; que se ocupa como él en el consuelo de los justos que esperaban el efecto de su sacrificio; y que como este Señor no salió de aquellos lugares hasta que rompió las cadenas que aprisionaban estas almas, así nosotros, si la piedad y la fe nos conducen al lugar de expiacion, rompemos con la fuerza de su brazo las puertas que cerraban la prision de estas almas; llevamos á los justos por la virtud de

su sangre á la patria, tras la qual suspiraban tanto tiempo, y los ponemos en posesion de los frutos de su resurreccion gloriosa.

He dicho quanto me ha parecido conveniente acerca de los motivos que deben moveros para orar por los difuntos; y en la instruccion siguiente os voy á enseñar las disposiciones interiores que pide esta oracion, para que sea útil á las almas del purgatorio, y para nosotros un principio de salud y de vida. Así sea.

## SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

### LA MISMA MATERIA.

PSALMO LXXXIX.  
VERS. 16.

*Pon los ojos en tus siervos y en tus obras.*

No sucede, mis hermanos, con el Dios que nos ha creado lo que con los poderosos del siglo, los quales agoviados con el yugo de sus excesos y placeres, y embrutecidos con las pasiones mas vergonzosas, se duermen en la ociosidad mas criminal y en la insensibilidad mas injuriosa. ¿Acaso se necesita para despertar al Señor, ó interesarle en la suerte de sus criaturas, de freqüentes oraciones y de clamores



multiplicados? Es verdad que la Iglesia le dice con frecuencia, tened memoria de nosotros, como si nos perdiere alguna vez de vista; como si las almas destinadas á poseerle eternamente, pudiesen ser ni un instante los objetos de su olvido y de su indiferencia; pero como su fin principal es el instruirnos en una obligacion tan importante, ha tenido por conveniente adoptar unas expresiones acomodadas á nuestra naturaleza. Acordemonos pues que en esta oracion hablan los hombres, é interesan la divina misericordia en favor de sus semejantes; y que las expresiones mas nobles y elevadas de ningun modo serian correspondientes á la grandeza del Dios á quien se dirigen, el qual lleno de bondad por sus criaturas escucha su pobre language y la simple preparacion de su corazon.

Esta breve oracion se dirige en el nombre de nuestros hermanos difuntos. Ya hemos visto en la instruccion última los motivos que deben excitar nuestra piedad, y ahora nos resta conocer las reglas y las disposiciones que son necesarias para este fin importan-

te. Tres son las reglas de nuestra piedad para con los difuntos contenidas en las palabras mismas de la oracion que dirige la Iglesia al Señor en el momento del Sacrificio, y estas reglas combaten tres abusos bastante comunes en esta devocion.

La frecuencia de nuestras oraciones está contenida en estas palabras: *acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas*, y la universalidad de ellas en las siguientes: *que nos han precedido con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz*. Por tanto penetrando el verdadero sentido de estas expresiones, podremos evitar el abandono que se nota en una gran parte de los fieles sobre un objeto que debia llevar su atencion principal, y que sin duda influye para que imitando los demas este exemplo, desprecien esta práctica religiosa, y la miren con tanta indiferencia, como lo hacen con las demas oraciones de la Iglesia. He aquí la primera regla de las tres que hemos propuesto: orar con frecuencia. Es verdad que quando decimos á Dios, *acuérdate, Señor*, estamos muy distantes de pensar que sea capaz de olvidar á

tantas almas, á quienes ha colmado de bendiciones miéntras han vivido en este valle de lagrimas; y así no es propiamente á Dios á quien hacemos este recuerdo, sino que se dirige mas bien á nosotros mismos, para que interesémos con nuestra súplica su misericordia siempre atenta sobre todos los hombres, pero suspensa algunas veces, porque quiere que seamos importunos para que desarme su justicia. ¿Y de qué manera podremos despertarle sobre la suerte de estas almas? ¿Acaso serán suficientes los gemidos, los suspiros y los votos de estas tristes víctimas de su severidad? De ningún modo, porque en el lugar de expiacion está como suspenso por los decretos de su justicia el efecto de sus oraciones. Su reconciliacion depende de las condiciones á que están sujetas estas almas; y sus lágrimas por mas abundantes que sean no pueden apagar el fuego que las devora, miéntras que no se hayan cumplido enteramente. Por tanto es indispensable que intervenga la sangre de Jesu-Cristo, teniendo presente que no hay salvacion sino por él. Es indispensable que este Salvador de los hombres

renueve para con ellas el oficio de mediador, de Pontífice y de víctima; pero tambien lo es, que se concilien la justicia y la misericordia; y que haga á cada uno de estos atributos el homenaje que exigen. Como Dios hace sentir á estas almas afligidas el peso de sus desgracias, y como hombre Dios, espera que imploremos su asistencia y su socorro. El quiere como cabeza nuestra hacer á su Padre una santa violencia; pero tambien quiere que animados los miembros de los mismos sentimientos de compasion, y sufriendo en alguna manera con estas almas soliciten su libertad. ¿Queremos pues que Dios se acuerde de nuestros hermanos? Pues acordemonos que ellos nos han pertenecido por la fe, que nos pertenecen tambien por la esperanza de los mismos bienes, y que nos pertenecerán eternamente por una caridad indisoluble. Acordemonos que cometemos los mismos pecados que ellos, que estamos sujetos á las mismas tentaciones, que sufrimos los mismos males y que imploramos los mismos socorros; acordemonos en fin que este ministerio de misericordia que nos permite Jesu-

Cristo exercitar, es quizá la función mas honrosa que podemos desempeñar. *Suscitaré*, dice el Profeta Isaiás, *salvadores en Sion*, y nosotros por medio de estas oraciones nos hacemos en algun modo redentores con Jesu-Cristo, y mediadores como él de nuestros hermanos y los Ministros de la reconciliación. ¿Pero acaso hemos considerado hasta este día la importancia de este ministerio? ¿Lo hemos desempeñado con fidelidad? Penetrados de las miras que nos presenta la religión, ¿hemos contribuido con nuestras frecuentes y fervorosas oraciones á la libertad de esa muchedumbre de víctimas de la justicia del Señor?

Cristianos, ¿no podremos haceros á cada uno de vosotros quando asistis al santo Sacrificio de la Misa este recuerdo que la Iglesia hace á nuestro Dios en la oración de que tratamos, á la vista de vuestra frialdad é indiferencia? Si alguna vez os acordais de los difuntos ¿no es exclusivamente de vuestros parientes y amigos? ¿No sabeis que la Iglesia reprueba estas preferencias en el hecho mismo de rogar por todos los siervos y siervas que nos

han precedido con la señal de la fe? Es muy importante fixar bien los límites de nuestra sensibilidad para aquellas almas con quienes hemos tenido estrechas relaciones de amistad, de parentesco y de gratitud; y despues de satisfacer esta obligacion, debemos observar cuidadosamente las reglas que nos prescribe la caridad para todos los difuntos. La Iglesia no nos prohibe de ningun modo los sentimientos que nos inspira la naturaleza; y así entre las prácticas loables y religiosas que nos persuade es una, el uso de consagrar ciertos dias á la memoria de nuestros parientes y amigos, recomendando tambien estrechamente á sus Ministros, que hagan mencion especial de los nombres por quienes los fieles quieren que se ofrezca del Sacrificio. Sin embargo hay muchos Cristianos poco ilustrados, y ménos sensibles, que limitan sus oraciones á las almas de sus parientes, y que abusando de la condescendencia de la Iglesia, rehusan el conformarse con la intencion general de rogar por todos: esto se ve particularmente en el día de los difuntos; es decir, en aquel que tiene destinado para que nos acordemos de

todos los Cristianos. El llanto y los gemidos, los sufragios, los honores fúnebres y el Sacrificio mismo todo se ofrece por las almas de los parientes, y de las otras personas por quienes hay obligaciones particulares. ¿No debemos pues levantar el grito contra este abuso, y hacer conocer á los fieles que esta devocion personal, legitima en qualquiera otra circunstancia, es abusiva en semejante dia? ¿Que esta práctica es un robo verdadero que hacen á el holocausto, una restriccion injuriosa á la caridad de la Iglesia, un ultrage á la inmensa caridad de Jesu-Cristo, y una exclusiva en algun modo que se hacen á sí mismos de las oraciones generales que se ofrecerán despues de su muerte?

Nadie está excluido, hermanos míos, de este comercio de oraciones que establece la Iglesia en virtud de la comunion de los Santos: todas las almas estan comprehendidas baxo estas palabras: *de tus siervos, y siervas*: es decir, de todos los que te han servido con amor de qualquiera familia ó nacion que sean, porque esta qualidad misma de siervos y siervas les da un

derecho para ser contados en el número de tus hijos: ellos son parte del Pueblo de adquisicion, y aunque separados ahora de tu reyno, pertenecen de un modo irrevocable á la Iglesia de los predestinados, y su nombre ya está escrito en el cielo.

Reformemos por tanto nuestras ideas sobre esta obligacion, conformándolas al principio general que dexamos sentado: exercitemos la caridad con todas las almas del Purgatorio: sirvamos á la justicia de Dios por ellas, expiando sus flaquezas con obras de penitencia ó de conmisericacion: sirvamos á su misericordia derramando sobre ellas la sangre de la víctima adorable, y confiemos en nuestras frecuentes é imparciales oraciones. La Iglesia con el fin de animar esta confianza, nos advierte que las almas del Purgatorio nos han precedido con la señal de la fé, y que su fin no es una verdadera muerte, sino un sueño de paz. Sin embargo, y á pesar de la seguridad de conseguir lo que pedimos en nombre de Jesu-Cristo, todavía nos asaltan algunas reflexiones que nos turban quando oramos por nosotros, é

por alguno de nuestros hermanos. Ignoramos si los objetos que pedimos se conforman siempre con los designios de Dios: si somos inspirados por el espíritu de Jesu-Cristo, y si tenemos las disposiciones de Jesu-Cristo: ignoramos si los deseos de nuestro corazon son opuestos á los deseos de nuestras súplicas, y en una infinidad de circunstancias como éstas y otras semejantes, pudiera decirnos Jesu-Cristo: *nada habeis pedido hasta aquí en mi nombre.* Quando se trata de orar por los difuntos, debe disiparse toda incertidumbre, porque su libertad y su reunion al centro de su felicidad, es del todo conforme con los designios de Dios. Estas criaturas desgraciadas son los objetos de su amor: ellas estan en el camino de la reconciliacion, y nosotros no podemos acelerar con seguridad el momento feliz que esperan: estos justos son dignos del interes que tomamos en su suerte: la fé cuya señal fué impresa en su frente, y que dirigió constantemente sus acciones; la fé que fué el consuelo de todos sus trabajos, y el fundamento de sus esperanzas, es ahora su recurso, y el objeto

de la confianza de nuestras oraciones. Pidamos pues que lleguen á conseguir lo que han creído con tanta firmeza: que posean lo que han buscado con tanta perseverancia, y que gocen de lo que han deseado con tanto ardor. El Dios que fué el término de sus deseos, y cuya separacion es el objeto actual de su dolor, léjos de menospreciar sus lágrimas, espera en algun modo que juntemos con ellas nuestras súplicas.

Pero si estamos ciertos, hermanos míos, de ser oídos, quando nos interesamos por estas almas, debemos estarlo de ser protegidos por estos justos quando Dios los lleva á gozar de su gloria; y esta última consideracion nos presenta los motivos mas poderosos de confianza, porque además del sentimiento de conmiseracion y de sensibilidad que inspira la caridad á todos los Santos, en favor de los que andan por los caminos de la salvacion, debe haber en las almas probadas en el purgatorio, y libradas por medio de nuestras oraciones el sentimiento de una caridad mas viva, y de una sensibilidad mas particular. Estos

son los amigos que propiamente nos hemos hecho en los Tabernáculos eternos; y si Jesu-Cristo atribuye tanta eficacia á la limosna, aunque solo puede considerarse como un socorro temporal, y un alivio pasagero; si un vaso de agua, un simple consuelo que damos á un infeliz, tiene por premio la posesion del Dios de las misericordias: ¿no podemos inferir con sobrada razon que la caridad que exercitamos con los difuntos nos vale una misericordia proporcionada á la caridad de las almas que la solicitan, y á la inmensidad de gloria que las hemos procurado con nuestras oraciones? Todos los dias nos acuerda la Iglesia esta obligacion importante, y podemos abrirnos tambien en todos el camino de santificacion.

Estos motivos no deben excitar solamente nuestra sensibilidad en favor de nuestros hermanos, de nuestros amigos y parientes: nosotros somos los mas necesitados, y así debemos compadecernos de nuestras almas: entónces cumpliremos freqüentemente con los difuntos esta obligacion de caridad, porque tenemos una necesidad continua

de proteccion y de socorro: entónces la cumpliremos con imparcialidad, y con la debida confianza, y encontraremos en el exercicio de esta virtud mil bendiciones y gracias en el tiempo y en la eternidad. Así sea.